

Fernando Purcell, *¡Muchos extranjeros para mi gusto! Mexicanos, chilenos e irlandeses en la construcción de California, 1848-1880, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2016, 251 pp.*

Pedro Pablo Favela Astorga
airman23_pp@hotmail.com
Doctorante en historia de El Colegio de Michoacán

Fecha de Recepción: 24-enero-2017

Fecha de Aceptación: 27-febrero-2018

Desde su hallazgo en 1848, la carrera por el oro de California fue un revulsivo para la expansión territorial y económica de Estados Unidos, y fue también la simiente de una sociedad multicultural excluyente e injusta que se gestó en esa nación durante el siguiente medio siglo. Miles de personas de diferentes orígenes y procedencias viajaron de inmediato a la costa oeste del país norteamericano, movidas por el espíritu capitalista de que las oportunidades de hacer riqueza en las tierras del oro eran iguales para todos. Por lo contrario, las condiciones de trabajo y de vida que encontraron estos extranjeros que fueron avecindándose en los pueblos mineros y en la ciudad de San Francisco, eran abusivas y discriminatorias, producto de un orden social racista y jerárquico.

La queja que inspira el título de este libro demuestra el desagrado con que la población blanca estadounidense miraba la cuantiosa presencia de los advenedizos en suelo californiano en los años de 1850. *¡Muchos extranjeros para mi gusto!* es la historia de cómo los grupos de inmigrantes sobrellevaron la hostilidad que presentaba este entorno al que definitivamente se arraigaron, desde el momento de su llegada en plena fiebre del oro, hasta 1880.

El historiador Fernando Purcell cuenta las experiencias de adaptación al medio angloamericano de tres comunidades extranjeras representativas de la sociedad californiana en la segunda mitad del siglo XIX: mexicanos, chilenos e irlandeses. Sin ninguna posibilidad de identificarse por completo con la cultura receptora, y lejos de llevar una convivencia feliz entre ellos, los foráneos ciertamente buscaron formas para la coexistencia y hasta procuraron algunas alianzas con tal de persistir en su “sueño dorado” aún después de que éste se fue disipando, y no sólo en términos económicos sino que también en el aspecto emocional, ya que sus países de origen afrontaban crisis de soberanía que demandaban la solidaridad de sus compatriotas, mientras éstos se

encontraban inmersos en un país que rechazaba la diversidad nacional. La incorporación de los extranjeros en la construcción de California no fue por lo tanto mera obra del tiempo, ni una concesión gratuita por parte de los estadounidenses. Fue un proceso en el que las comunidades de inmigrantes tuvieron un rol activo.

Como es propio de la historia cultural, los conceptos de trabajo, más que teorizados, son descritos e interpretados a partir de sucesos y pasajes textuales obtenidos de fuentes primarias. Esta investigación tiene soporte documental en periódicos, epistolarios íntimos y oficiales, expedientes judiciales y en memorias de la época que plasman las vivencias y opiniones de los protagonistas, con las cuales Purcell ilustra las ideologías y sentimientos que influyeron las dinámicas de interacción de las comunidades extranjeras, tales como el racismo, el nativismo, el nacionalismo, el patriotismo, la ansiedad y el exilio. Mediante el análisis comparado, la investigación contrasta los modos en los que cada uno de estos elementos incidió en las estrategias de incorporación cultural que desarrollaron mexicanos, chilenos e irlandeses.

La obra presenta en siete capítulos que cubren tres aspectos: el complicado arribo y establecimiento de los inmigrantes entre 1848 y 1853 en San Francisco y en las minas; una coyuntura de más o menos un lustro, entre 1855 y 1860, cuando cada grupo de extranjeros asumió el nicho que en adelante le correspondería en la pirámide social de California; y el afianzamiento de sus comunidades dentro de la cultura local, que fue estimulado por el vínculo que mantuvieron con sus respectivas naciones de 1860 a 1880.

En el primer capítulo se caracterizan las tres comunidades extranjeras que guían el discurso y el contexto en el que emigraron a California. Para los mexicanos, que fue el grupo más grande y el primero en desplazarse con al menos 10,000 personas entre 1848 y 1851 (p. 25), el tránsito por la entonces llamada Alta California era algo ordinario particularmente para los oriundos del norte de México, en tanto que ese territorio perteneció a la república mexicana hasta el año de 1848, cuando el tratado con el que se puso fin a la guerra entre este país y Estados Unidos, fijó una división fronteriza entre los dos. Los norteños tenían larga experiencia en la minería y se iban con el ánimo de sobreponerse a las carestías que enfrentaban en su terruño, una región abandonada. Sin embargo, su establecimiento en los campamentos mineros fue igualmente difícil. Además del desprecio por su apariencia física, los mexicanos provenían de un medio laboral rudimentario, caciquil y paternalista; muy distinto de las bases y preferencias en que se fundaba la nueva sociedad californiana.

Los chilenos, la segunda mayor representación con alrededor de 4,000 gentes entre 1848 y 1860 (p. 33), coincidían con los mexicanos en su condición de desposeídos, aunque emigraron en un periodo en que su gobierno los convocaba a permanecer y trabajar para el progreso de su propio país. De cualquier forma, la promesa de fortuna que llegó desde Norteamérica fue demasiado atractiva, y por contrato de compañías creadas por la burguesía local, los peones chilenos se embarcaron rumbo a San Francisco. Su recepción fue similar a la de los mexicanos.

A diferencia de los hispanoamericanos, la comunidad irlandesa sí estaba familiarizada con la cultura angloamericana porque buena parte de ella ya tenía cuando menos una década asentada en las ciudades del este de Estados Unidos, a donde había llegado huyendo de la hambruna, de la opresión inglesa, o de su confinamiento en Australia (pp. 41-45). No obstante, los irlandeses tampoco fueron bien acogidos por la sociedad estadounidense; por lo contrario, fueron víctimas del nativismo imperante, una ideología que fusionaba el racismo con el menosprecio por las costumbres y creencias ajenas. Ni el idioma común ni el color de la piel, que fue la primera causa de discriminación de mexicanos y chilenos, contaron para su incorporación; y en cambio fueron segregados y tratados como parias. Más que en búsqueda de oro, poco menos de 2,500 irlandeses (p. 44) se trasladaron a la costa oeste en búsqueda de un lugar para mejorar su estatus social empobrecido.

Los siguientes dos capítulos describen la conflictiva experiencia que tuvieron los inmigrantes al compartir un espacio que no estaba preparado para albergar a una población tan heterogénea. En la región aurífera confluyeron locales y extranjeros; pero la expectación y la curiosidad que se originaron del encuentro entre estas culturas que probablemente se veían cara a cara por primera vez, pronto dio paso al prejuicio, y luego, a la repulsión. La convivencia se vio afectada entonces por lo que Purcell denomina ansiedad: la impaciencia por enriquecerse mucho y rápido para compensar los sacrificios que había implicado la aventura; la desesperanza de no hallar la fortuna anhelada; la discriminación racial de la competencia laboral, y por consiguiente la falta de oportunidad de trabajar en los yacimientos; y hasta por la escasez de mujeres con las cuales la clase trabajadora, eminentemente masculina, satisficiera sus necesidades sexuales (pp. 52-62). En palabras de un escritor contemporáneo:

¿Será posible que una pantera de América, un oso de Europa, un tigre de Asia y un león de África se organicen en paz y armonía en torno a la carne fresca de un venado recién

muerto? Si eso no ocurre, ¿será posible que los americanos, ingleses, franceses, alemanes, chinos, indios, negros y mestizos se saluden unos a otros cordialmente en torno a una mina de oro? (p. 81).

A la luz de las fuentes primarias, el autor ahora ha podido esclarecer y recrear algunos incidentes que hasta hoy habían sido meramente anecdóticos, los cuales revelan el estado de deterioro social durante la fiebre del oro, como consecuencia de todas estas tensiones: la proliferación de mendigos y vagos problemáticos en las calles de San Francisco, entre los que figuró una pandilla de blancos conocida como “los galgos” que atacó con saña el barrio marginal de Chilecito en 1849 (pp. 61-67); y la confrontación que suscitó entre angloamericanos e hispanos el desalojo forzado de un campamento de mineros chilenos asentado en el yacimiento de Calaveras, por parte de un grupo de mineros estadounidenses, en 1849 y 1850 (pp. 100-111); o al linchamiento de una mujer mexicana en el pueblo de Downieville como escarmiento por matar a su abusador, un gambusino blanco, en 1851 (pp. 92-100).

La debilidad de las instituciones judiciales en estos vecindarios incipientes, lo mismo en el campo que en la ciudad, provocó que las tareas del orden público fueran ejercidas por la propia ciudadanía, que se organizó en Comités de Vigilancia. Empero, estos grupos aglutinaron al sector social dominante esencialmente racista, que en vez de actuar conforme a la ley, buscaba el ajusticiamiento de facto y la intimidación. De esta forma, la impartición desigual de la justicia sirvió como un mecanismo más para reforzar la jerarquía social, en vista de que los angloamericanos eran poco o nada sancionados y los hispanos comúnmente resultaban expoliados, culpables o condenados a muerte.

Muchos chilenos y mexicanos renunciaron a este espacio desfavorable y mejor retornaron a sus países; pero para la comunidad irlandesa, que había gozado en California de mayor tolerancia en virtud de su “blancura parcial” comparada con el aspecto de los otros grupos inmigrantes, la situación fue conveniente para sumarse a los estadounidenses en sus empeños para desterrar a los “extranjeros indeseables”, granjeándose con ello su inclusión social, y eventualmente, el acceso a la participación política local.

Para los también muchísimos mexicanos y chilenos que permanecieron a pesar de la adversidad, el idioma, la religión, el gusto por el juego, el tiempo que compartían durante la jornada de trabajo y la similitud de los problemas que aquejaban a sus patrias

fueron los elementos que, de forma espontánea, los llevaron a aliarse y a manifestarse contra los perjuicios físicos y jurídicos sufridos a manos de vigilantes y tribunales; la explotación laboral de la que eran víctimas en compañías mineras angloamericanas como la de New Almaden (pp. 146-147); la inequidad fiscal causada por cierto gravamen denominado impuesto al minero extranjero que raramente le fue cobrado a un minero de raza blanca (pp. 123-129); y contra su descalificación en los periódicos como criminales y *greasers* o “grasientos” (pp. 144-156), aunque existía igualmente un considerable segmento de la prensa liberal que tuvo empatía con sus denuncias.

Los capítulos cuatro y cinco exhiben esta dimensión horizontal en la que los inmigrantes cimentaron su nicho social. Para la minoría de franceses asentada en las minas, por ejemplo, el nacionalismo era el valor que los unía como fuerza de trabajo, a la vez que un factor que los confrontó con los angloamericanos xenófobos. Para los irlandeses, que habían podido incorporarse a la cultura anfitriona por los resquicios del racismo y la política, hacia 1860 su comunidad ya ascendía a más de 33,000 individuos, convirtiéndole en la mayor entre las colonias extranjeras en California (p. 46) y en una amplia base electoral para el Partido Demócrata de ese estado (p. 158). Sin embargo, con el advenimiento de la guerra de Secesión y el consecuente resurgimiento de las ideas nativistas y populistas, muchos irlandeses fueron afectados en sus aspiraciones laborales y educativas. Pienso que, en este aspecto hubiera sido útil que Purcell indagara, en el caso de mexicanos y chilenos, si aunado a las razones aludidas, no se presentó entre ellos uno de los lazos de interrelación más obvio: el matrimonio.

Los últimos dos capítulos explican la influencia que tuvieron en la integración de las comunidades extranjeras las crisis políticas que atravesaron sus naciones de origen en los años posteriores a la fiebre del oro. Para los irlandeses en California, el activismo contra el colonialismo inglés fue un impedimento para volver a su tierra natal, a la vez que una vía para fraternizar con otros compatriotas establecidos en Estados Unidos con quienes compartían la condición de “exiliados” en su lucha por la emancipación de Irlanda. Para la comunidad irlandesa, la política terminó siendo no solamente un instrumento para su posicionamiento social, sino hasta una vía de naturalización cultural, ya que de secundar a los angloamericanos en la segregación de los hispanos, pasaron a liderar las campañas de discriminación y expulsión de chinos, que desde 1860 empezaron a llegar en masa a las costas de California (pp. 214-231).

Por otra parte, la prensa y los reportes consulares mantuvieron a los migrantes hispanoamericanos al tanto de la intervención francesa de México entre 1862 y 1867, y

de una serie de amagos bélicos entre España y Chile en 1866. Lastimados en su orgullo y ávidos de servir a sus países, los mexicanos y chilenos de California que gozaban de buena posición social formaron juntas patrióticas, a través de las que convocaron a sus coterráneos a juntar dinero y armas para enviar en ayuda, y a celebrar actos cívicos que mostraran su lealtad. Esta dinámica transnacional de solidaridad alentó la identificación cultural de estos grupos radicados en el extranjero; pero aún más, el apoyo que mutuamente se brindaron en estas circunstancias chilenos, mexicanos y otras minorías de América Latina presentes en California, engendró lo que en adelante sería conocida como “comunidad hispana” o latina.

Los últimos dos temas tratados dejan algunos cabos sueltos, que sin embargo pueden ser atados con el discurso general del autor y en nada afectan sus planteamientos. Más allá de su participación en la vida política local, no queda claro cuáles fueron los recursos legales que permitieron a los irlandeses volverse ciudadanos de Estados Unidos. Tampoco se explica el origen de las élites mexicanas y chilenas en California; pertinente toda vez que hasta este punto de la narración, solamente se dio cuenta de la discriminación que pesaba sobre estas comunidades.

Considerando todos los elementos que aborda esta investigación, Fernando Purcell entrega una obra de extensión corta pero muy bien balanceada, y sobre todo que está escrita con sencillez, concediéndole un doble valor como texto de consulta y como lectura recreativa. Tampoco puede pasarse por alto lo oportuna que resulta esta publicación en tiempos en que el racismo y el chovinismo han vuelto a emerger en Estados Unidos, en medio de lo cual San Francisco se afirma como un espacio de diversidad; y California, la misma que alguna vez fue tan violenta y discriminatoria, ahora se ha convertido para los migrantes en tierra de refugio y oportunidad.